

rito, y tus moradores, con las caras y manos enharinadas, parezcan seres extraños entregados a tan importante faena.

Completan tu cuadro—¡oh, viejo molino!—las imprescindibles aves de corral que de aquí y allá picotean por el suelo los granos desperdigados por dequie; y, entre el ruido producido por el girar alocado de las piedras y el vaivén de cribas y zarandas, fundido con el murmullo de las aguas que se precipitan en el *salto*, se cuentan las leyendas que van de boca en boca, o las más absurdas noticias que llegan hasta ti de los que vienen a coger el fruto de tu trabajo.

Y, para terminar, recordemos que siempre han sido los molinos o *aceñas* objeto de inspiración de pintores, poetas y literatos. Evoquemos cuadros de artistas famosos en que el motivo ha sido muchas veces estos molinos rústicos, y, de nuestra literatura, se nos viene a la memoria el argumento de una preciosa novela: «El sombrero de tres picos», de nuestro insigne Alarcón, cuya trama más importante se desenvuelve en uno de estos típicos molinos.

¡Molino que en la Mancha acojes en tu fresco regazo al pobre caminante que, fatigado de la jornada y agobiado por los ardores del sol, les das frescura, descanso y reposo para su espíritu! ¡Sean estas líneas, al evocarte, el tributo de mi gratitud y feliz recuerdo!

Gregorio Planchuelo Portalés.



Pámpanos y laureles...

AFRODISIO

El vino tiene, porque amor lo incita,
una sangre sin paz: un bravo toro
mayúsculo, brutal, gentil, sonoro,
pero que doma y domará Afrodita.

¡Amor domando al monstruo que se irrita!
¡Amor venciendo en el torneo de oro!
—Sobre una peña, Valdepeñas, moro,
al Amor y a Endimión conjunta y cita.—

En la bodega se libró el combate...
Corre la sangre en fulgurante vena...
Fuera, la luna coronó el alisio...

El amor ciego al bravo toro abate,
y pasa por la Mancha Anadiomena
pámpanos y laureles, Afrodisio.

Eva Cervantes.

En Sevilla, 1947